

descubrir al hombre

EN su alocución del domingo 13 de octubre frente a las nuevas autoridades nacionales, su Eminencia el Cardenal Caggiano dijo: "Todos necesitamos renovar nuestra mentalidad, despojándola de los prejuicios que el tiempo y los errores han acumulado sobre ella".

Esas palabras tienen, no hay duda, un gran sentido en momentos en que una nueva etapa comienza para la Argentina. Ante las grandes dificultades que nos enfrentan es necesario realizar un esfuerzo para no cargar nuestras tareas constructivas con significaciones provenientes de nuestras pasadas discordias. Cuanto más difícil es el empeño a que estamos abocados tanto más necesario se hace el encararlo sin prevenciones, prejuicios y resentimientos. Se trata de dejar que las cosas se digan en nuestra mente y se ofrezcan a nuestro corazón en toda su radical novedad sin verse desfiguradas por calificativos que cobijamos en nuestras pasadas heridas. Sólo así nuestra respuesta al reclamo de problemas siempre nuevos será insobornablemente novedosa.

En verdad nos hallamos aquí con algo más que una

actitud dictada por circunstancias pasajeras. Es toda la posibilidad de encuentro del hombre con la perenne novedad de la existencia la que está en juego. Y esa perenne novedad no es simplemente la del mundo exterior al hombre sino aquella que intrínsecamente constituye a éste. Creemos conocer al hombre porque poseemos de él una noción abstracta, y enfrentamos la realidad en su continuo desplegarse con gestos excesivamente habituados, con ojos demasiado acostumbrados. No dejamos que las cosas se digan en nosotros con toda su irrenunciable novedad porque les ponemos los nombres y los adjetivos de siempre. Y es así que al hombre que hoy está pugnando en todas partes por hacerse lenguaje, por decirnos cómo es, como jamás lo dijo a generación alguna pasada, lo estamos mirando con ojos pretéritos que no alcanzan a traducir su mensaje.

* * *

Ya se ha convertido en un lugar común la referencia a la aceleración del mundo actual. Y no hay en ello nada de gratuito, puesto que bien podemos decir que en lo que va de este siglo se han producido más acontecimientos importantes y significativos que en los últimos tres o cuatro siglos, y aún más. Pero no es sólo el número de tales acontecimientos el que se dilata, sino aun el ritmo de su irrupción el que se precipita. Por ello puede decirse que los hombres se ven obligados a acelerar asimismo el ritmo de sus adaptaciones y acomodaciones ante las nuevas exigencias que se despliegan, de suerte que lo que la humanidad realizaba antes en el curso de cuatro o cinco generaciones se ve obligado a realizarlo el hombre actual en el curso de su propia existencia. Por encima, pues, del contenido de las adquisiciones en todos los órdenes de la cultura, y apoyándose en ellas, es el ritmo mismo de aceleración, con que nuevas perspectivas se presentan, el que adquiere importancia capital. Podríamos sin duda formular esto, diciendo que no puede el hombre enfrentar de la misma manera lo que se ofrece con garantía de estabilidad prolongada y lo que al momento mismo de presentarse apunta ya a nuevas realidades que habrán de sustituirlo.

Pero esta formulación que acabamos de dar es altamente inadecuada para expresar cabalmente lo que está ocurriendo. Porque en ella suponemos que es el hombre, el mismo hombre de siempre, ese viejo conocido, el que se ve confrontado con un mundo exterior que despliega ante su asombro la acelerada novedad de sus horizontes. Como si sólo se tratara de dos modalidades superficiales que un mismo espectador puede asumir ante panoramas que sin su arte ni parte se ofrecen a la mirada. El cambio del mundo no lo ponemos ciertamente en duda, pero nos cuesta aceptar que si el mundo cambia es porque el hombre lo cambia. Pensamos que el hombre debe cambiar para acomodarse a un mundo que se renueva, sin ser capaces de decirnos de una vez por todas que si los horizontes del mundo se despliegan y retroceden, es porque el hombre está empeñado en empujarlos y arrollarlos y quebrarlos. Y más exactamente podríamos decir que el mundo se transforma porque el hombre se ha transformado, de suerte que la novedad no está tanto de parte del mundo que se despliega cuanto del hombre que despliega su mundo.

Podrá decirse, sin duda, que nos hallamos ante un diálogo permanente entre el hombre y el mundo, con un alternado enriquecerse de ambos interlocutores. Pero es conveniente machacar hoy en día que es el hombre el que tiene la primacía. Es en él donde se hallan los dinamismos fundamentales para llevar a cabo todas las rupturas y delinear las nuevas y provisionales fronteras. Y es precisamente esta íntima primordialidad del hombre la que pugna por hacerse oír de nuestras mentes y abrazar calurosamente por nuestros corazones. Porque nos equivocamos grandemente al creer que poseyendo nuestras viejas categorías, filosóficamente elaboradas, acerca del hombre, poseemos ya todo lo que puede saberse sobre él. Como si no necesitáramos enriquecer nuestro conocimiento sobre el hombre en el contacto perennemente renovado con la experiencia concreta e históricamente acumulativa.

No hay duda alguna que el hombre ha existido desde hace miles de siglos, y que los dinamismos con que hoy arranca y destruye y edifica y planta estaban radicalmente presentes dondequiera se hallara el hombre. Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que esos

dinamismos hubieran hallado audiencia en la mente de los hombres mismos hasta el punto de constituirse como absolutamente definidores de su más íntima realidad. Porque es muy cierto que para que el hombre alcance a dar lenguaje y expresión a las realidades con que se encuentra es preciso que éstas adquirieran lentos contornos a través de su experiencia misma vital. Y es así que hoy en día ya no podemos permanecer sordos ante ese acelerado arremeter del hombre contra todas las fronteras que él mismo constantemente levanta. Porque si antes las grandes empresas tenían carácter episódico, hasta el punto de aparecer como meramente accidentales en la sosegada existencia del hombre, en la actualidad el sosiego aparece como lo provisorio y plenamente pasajero en una vida que es esencialmente empresa y conquista.

Y es en la medida misma en que captemos los dinamismos del hombre que hoy estruendosamente se proclaman como radicalmente definidores de su esencia, que seremos capaces de percibir el sentido de la marcha histórica y descubrir la relación existente entre el hombre y las estructuras e instituciones a través de las cuales canalizó su existencia. Porque los hombres del pasado se nos revelan constructivos y servidores de la humanidad en cuanto no se encerraron en las formas ya adquiridas y las estructuras ya logradas para proclamarse ante todo fieles a la última y dinámica insatisfacción que en ellas y por ellas se expresaba. Dondequiera vemos una marcha auténticamente humana aparece el hombre sirviéndose de todas las adquisiciones formales y estructurales para hacer de cada una de ellas un escalón hacia lo alto. Por ello las épocas muertas son precisamente aquellas que se estancaron en lo que había adquirido forma y se había hecho estructura e institución como si allí pudiera hallar el hombre definitiva satisfacción. Como son muertas las épocas que sólo han pensado el futuro según el modelo de lo ya obtenido en el presente o en el pasado, torturando así el dinamismo creador del hombre en el lecho de Procusto de maquetas anacrónicas. Ni escapan a esta negatividad mortal esas otras tentativas de arrasar con todas las estructuras e instituciones so pretexto de que traban la mar-

cha, para fijar arbitrariamente el molde de las construcciones futuras según deseos y esquemas mentales hechos con las mismas piezas de lo que se tiró por tierra.

* * *

El hombre es esencialmente un ser en marcha a través de etapas provisionarias, en renovadas y continuas invenciones. La Filosofía moderna ha insistido en la negatividad como dimensión característica de la persona humana, entendiendo por ello que pertenece a la esencia misma del hombre el decir que no a todas sus construcciones y sistemas cuando éstos pretenden proclamarse definitivos y terminadores de la marcha. Y crear es ciertamente, para el hombre, decir que no al intento de una etapa por constituirse en meta. Pero crear no significa en modo alguno partir de cero, pretendiendo desposar un dinamismo amorfo que no va por cauce alguno. Crear es hincar el pie en lo ya hecho, en la herencia recibida, valorándola como manifestación de una empresa humana que se sirve de ella para desplegarse, pero no para detenerse. Y el hombre no tiene ante sí cauces ya trazados, ni debe imponérselos copiando los que hasta entonces canalizaron su marcha. Debe, por el contrario, constantemente inventarlos partiendo de los caminos ya recorridos.

Sólo así se afirma el hombre en su auténtica originalidad. Porque es un falso sueño y una verdadera negación del hombre el instalarlo definitivamente en cualquier tipo de ordenación social como si allí se hallara una plena expresión de las exigencias humanas. Lo que salva a las estructuras sociales de cualquier orden, religioso, político, económico y cultural no es el que éstas expresen los deseos y aspiraciones actuales en una concordancia estática y estereotipada, sino que al dar expresión a lo hoy sentido y traducido en formas exteriores de apoyo, sean absolutamente dúctiles y maleables como para servir asimismo los dinamismos radicalmente insatisfechos del hombre. Para ser auténticamente humanas las estructuras e instituciones, más que con lo ya sentido y actualmente formulado de los deseos y aspiraciones humanas, deben concordar con la

insaciabilidad misma de estos deseos. Y esta concordancia sólo puede ser lograda cuando lo formal e institucional proclama su propia provisoriedad y arbitra los medios para que la marcha renovadora del hombre no se sienta contenida o reprimida.

* * *

Cuando se habla hoy en día de cambio de estructuras y de revolución o evolución en el cambio, se corre el peligro de quedarse en meras apreciaciones exteriores. Como si la violencia o no violencia del cambio se midiera solamente por el ritmo más o menos brusco con que se pasa de una estructura a la otra. Por encima de todo hay que atender a la violencia mayor o menor que las estructuras en vigencia ejercen sobre los dinamos verdaderamente definidores del hombre. Por ello decía Santo Tomás que cuando una ley está en contradicción con la razón, se la llama ley injusta, y así no tiene razón de ley, sino que más bien se convierte en una especie de acto de violencia. Y lo que se dice de la ley debe decirse de todo molde estructural o institucional en el cual quiere encuadrarse la vida de los hombres cercenando o coartando su creatividad esencial.

Pero las estructuras en sí mismas y por sí mismas no se abren hacia el futuro. Son los hombres los que les dan este carácter dinámico cuando las levantan y sostienen con plena conciencia de las aspiraciones vitales que los trabajan. Y sólo los hombres que sean capaces de reconocerse en esa definitoria dinamicidad podrán vencer la tentación y la decadencia que significan la estabilización e instalación en lo ya logrado y adquirido, así como sólo ellos podrán vencer la inercia y el peso de las estructuras en su pretensión de declararse definitivas. Aunque, en verdad, tampoco pueden las estructuras e instituciones, por sí mismas, anquilosarse y frenar a los hombres. Son estos mismos los que pretenden detener la marcha y arroparse cómodamente al abrigo de instituciones y estructuras que canonizan como perennes porque se han olvidado de su insatisfacción radical y por lo tanto de su ser mismo de hombres. O quizá porque han renunciado a lo que hay de más

auténtico en el hombre para disfrutar las ventajas que lo ya obtenido les aporta, aun a costa de la injusticia con que cercenan a todos los hombres, aún a sí mismos, las posibilidades de expresarse socialmente y según las más genuinas dimensiones humanas. Y son muchos los recursos a través de los cuales se pretende declarar definitivamente establecidas las instituciones y estructuras ya existentes. Hay quienes lo hacen en nombre de Dios mismo, como si la voluntad divina no fuera más bien que el hombre lograra perpetua y renovadamente expresarse en lo social e institucional según la irrepetible dimensión de su dignidad humana. Hay quienes recurren a la historia para apuntalar, como exigencias de nuestros mayores, un orden caduco y humanamente inexpresivo. Y hay quienes recurren a violencia cubierta con el manto de la clarividencia científica para aherrar a los hombres en estructura que los anulan como tales.

* * *

Hay una tarea inmensa de educación que es necesario cumplir en el mundo entero, pero muy especialmente en Latinoamérica y en la Argentina. Se trata de saber si estamos formando en nuestras escuelas y a través de nuestras instituciones un hombre a la medida de lo que hoy conocemos sobre el hombre y el mundo. Si estamos atiborrando la mente y el corazón de nuestros jóvenes con conocimientos amenazados constantemente de caducidad, como único cuadro en que habrá de moverse su existencia, o si estamos formando y educando los hombres que por encima de todo sean capaces de afirmarse como perennes inventores y creadores del mundo, capaces de servirse de todo lo existente para proclamar activamente que jamás hallará el hombre en este mundo una morada definitiva.

Hay que encarar la actividad política según esas dimensiones humanas. Porque ni siquiera las Ciencias Políticas que se hallan en la base de la actividad de ese hombre deben constituirse en el intento de describir y canonizar las instituciones vigentes, haciendo la perenne y meramente formal apología de las mismas.

Todo ello indicaría una degradación de la Política al rango de hipócrita sostenedora de las estructuras e instituciones ya establecidas. En estos casos la Política no sirve al hombre, al hombre auténtico, ni siquiera a quienes falsamente la utilizan. Por encima de todos nuestros hábitos hemos de afirmar una Política que sea verdaderamente ciencia al servicio de los dinamismos fundamentales del hombre y buscando, por lo tanto, más que perpetuar las instituciones, luchar para que éstas sean expresivas de la profunda insatisfacción y búsqueda humana que habrá de traducirse siempre en términos exteriores de irrevocable novedad.

LA DIRECCIÓN.